CANTO XVIII.

Adam ruega al Mesías que se digne revelarle algunas de las consecuencias de la Redencion.—El Mesías oye su ruego, y le revela en una vision una parte del juicio final.—Adam refiere á los ángeles y á los resucitados esta vision, durante la cual ha visto y oido juzgar á los enemigos de Cristo, á los fundadores del culto de los idolos, á los perseguidores, á los cristianos adoradores de la Vírgen y de los santos, á los malos reyes.

Adam se prosterna á los piés de Cristo, y dice:

—«Si he hallado gracia delante de tí ¡oh divino Salvador mio! haz que mi pensamiento pueda abarcar toda la extension del bien que tu sacrificio ha derramado sobre mis innumerables hijos.»

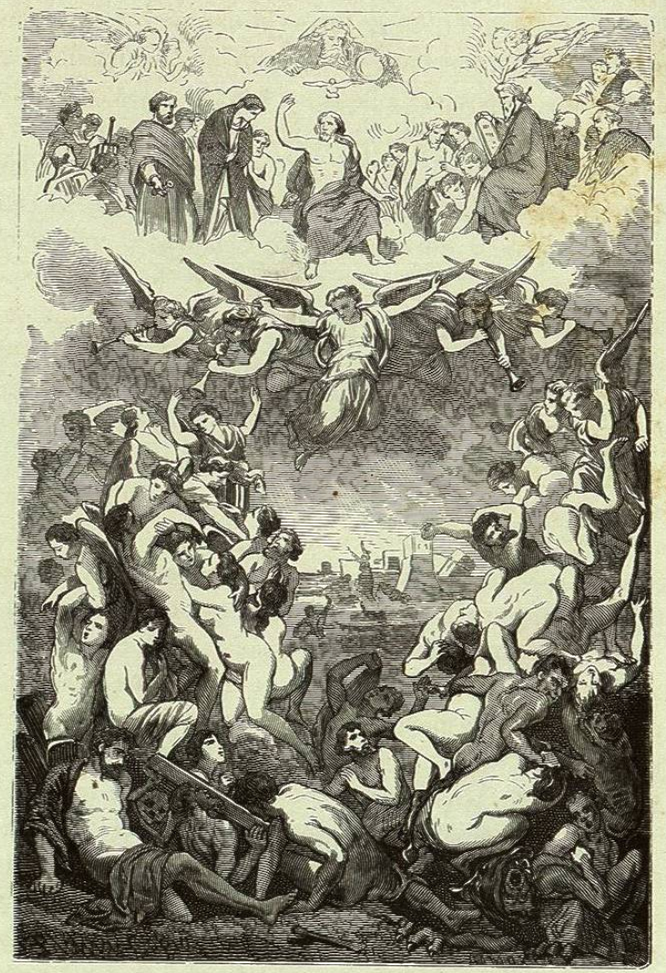
Y Cristo contesta:

—«Las consecuencias de la Redencion no se revelarán sino en el último dia del tiempo. Ve á reposar á la sombra de aquel cedro, y haré pasar ante tus ojos una vaga imágen de aquel terrible dia.»

Y Adam obedece.

Apenas ha llegado á la sombra del magestuoso cedro, cuando un profundo y dulce sueño se apodera de él, y una vision sublime anima este sueño.

Al despertar, se apresura á ir cerca de los querubines y



Vision del Juicio final. (Canto XVIII.)

resucitados, que le rodean y le preguntan con expresiva mirada.

El Padre del género humano se sienta en una verdeante colina, y los inmortales se agrupan al rededor de él guardando un respetuoso silencio, porque va á referirles la vision que el Señor se ha dignado enviarle.

Las santas horas del dia consagrado al Señor se habian deslizado ante mí dulces y solitarias, cuando ví súbitamente á la Musa de Sion que se balanceaba muellemente en alas del crepúsculo. Nunca me pareció tan imponente; nunca habia visto yo la eternidad tan profundamente impresa en su divino semblante. Cantaba la vision de Adam; y la majestad del asunto la habia conmovido tan fuertemente, que se vió más de una vez obligada á interrumpir su canto: ya se encendian sus mejillas, ya se cubrian de una palidez mortal, y sus lábios dejaban escapar acentos tonantes, entrecortados por sonidos lamentosos. Sus manos sostenian difícilmente el arpa de oro, y en su cabeza, entre su flotante cabellera, temblaba su corona.

Después quedó tranquila; una sonrisa celestial animó sus facciones, y los hijos divinos de su alma, los piadosos pensamientos desplegaron sus innumerables alas, é impelidos por el soplo de la tempestad subieron al trono del Eterno.

Habitantes de la Tierra, voy á repetiros el santo cántico de la Musa de Sion hasta donde sea posible á un débil mortal. Para cantar los mil y mil pensamientos que ella salmodió delante de mí, sería menester la voz de un ángel; y para adivinar los mil y mil pensamientos más sublimes aun que no me juzgó digno de oir, sería menester la intuicion de un Dios.

El Padre de los hombres está sentado en una colina ver-

deante; los inmortales, agrupados en torno de él, le escuchan con respetuoso silencio, porque les refiere la vision que el Salvador se ha dignado enviarle.

«Un poder, rápido como el pensamiento de un serafin, me habia arrebatado en medio de las regiones sin límites de la resurreccion. Era imponente y terrible el espectáculo del género humano, colocado todo al rededor del trono en que se sentaba el Juez supremo. Entonces fué cuando comprendí la inmortalidad en toda su extension.»

Y dominado por la fuerza de los recuerdos, Adam se prosterna, levanta los ojos hácia el santuario de los Cielos, y exclama:

«Salvador del mundo, te has dignado oir los atrevidos votos de tu primer hijo; mis ojos han entrevisto algunos rayos del más grande de tus dias; mis oidos han oido el estruendo lejano de tu trueno de juez supremo... ¡Gracias, gracias le sean dadas, oh hijo del Eterno!»

Dice, se levanta, y prosigue su misteriosa narracion:

«El juicio universal habia comenzado mucho tiempo hacia, porque la suerte de millares de muertos estaba ya fijada. ¿Quién podria medir la extension de este gran dia?... No era el Sol la luz que lo alumbraba: todos los soles de la creacion estaban apagados; pero el trono del Eterno lanzaba á través del infinito rayos deslumbradores... Veia yo el altar del sacrificio, y al inocente Abel (1) herido por los innumerables golpes que los malos le habian dado. Un querubin de amenazador aspecto dejó caer la terrible trompeta, que acababa de llamar ante el Juez á los cristianos que, en nombre de la ley de amor, habian sacrificado á otros cristianos. Después de haber cernido su vuelo en silencio y

(1) Abel é Isaac fueron siempre mirados por los profetas como víctimas inocentes, imágenes de Cristo, cuyo advenimiento y muerte anunciaban.

por un instante por encima de las regiones de la resurreccion, el lúgubre querubin vertió dos vasos que tenia en la mano, y de los cuales uno contenia sangre y otro lágrimas. Volvióse luego hácia el Juez supremo, y dijo:

«Tú has contado todas las gotas de sangre inocente y »todas las lágrimas de los oprimidos. Tú, Señor, harás jus»ticia á la inocencia, y darás la paz á la desgracia.»

«Y el Juez supremo fijó en las víctimas inocentes miradas de amor que ninguna lengua podria describir; y los arcángeles, los serafines y los bienaventurados se estremecieron. Pero las víctimas inocentes no elevaron sus voces acusadoras, y sus ojos llenos de misericordia, como en el instante de cerrarse bajo el sombrío velo de la muerte, pidieron gracia para sus verdugos. Entonces uno de los jueces celestiales se levantó, y dijo á los unos:

«Que todas las beatitudes del Cielo sean vuestro galardon »y recompensa; porque sin murmurar pusísteis vuestras »cabezas sobre el altar del sacrificio.»

«Y dijo á los otros:

«Todos los tormentos del Infierno serán vuestro castigo; »porque, en nombre del Dios de amor y de misericordia, »habeis desenvainado la espada y encendido las hogueras. »Cuando matábais á vuestros hermanos desplegando el »estandarte de la cruz, el Eterno habria hecho caer sobre »vosotros el más terrible de sus rayos, si su pensamiento »inmutable no hubiera convocado á todos sus hijos para »este gran dia, en que se revelarán todos los misterios de »su providencia. ¿Qué ha sido de los infortunados, cuyos »santos cánticos se elevaban al Señor en medio de las »llamas de las hogueras? El soplo de la resurreccion ha »reunido sus cenizas; su himno de muerte ha venido á ser »un canto de triunfo, y su lamentosa voz, que pedia gracia

»para vosotros, es ahora un grito de alegría que celebra la »omnipotencia del Salvador.»

«Calló, y volvió á su trono de oro.

«Otro Juez vino á ocupar su puesto; una legion de muertos fué conducida á su presencia, y él dijo:

«Vosotros consagrásteis vuestra vida á elevaros por encima »de los demás hijos de la Tierra. En vano ocultásteis vues»tro orgullo en el fondo de vuestra alma; vuestras acciones »y los soberbios mármoles que decoran vuestros sepulcros »deponen contra vosotros. Dios lee los pensamientos; pero »vosotros no teníais ese poder; y sin embargo, os atrevís»teis á condenar á los hombres, cristianos como vosotros. »Olvidásteis que si algunos pecadores osan elevarse con »vuelo demasiado atrevido hácia el Hijo del Eterno, y que, »repelidos por el esplendor de su magnificencia, no ven ya »en él más que la creacion de sus propias locuras, no os »pertenecia haceros los defensores de vuestro Dios, ni lan»zar contra vuestros hermanos rayos que no teníais el »poder de fulminar. En vez de ocuparos con santa solicitud »en vuestra propia salvacion, alzásteis vuestra frente de »bronce sobre los débiles gusanillos que se arrastraban por »el polvo. Despreciásteis á vuestros hermanos, los escarne»císteis y perseguísteis, sin respetar siquiera su sangre. Y »ahora alza la voz esa sangre derramada por vosotros, y el »Juez supremo está sentado en su trono para oirla y para »vengarla.»

«Uno de los más altos dignatarios del trono apareció á su vez; era Lebbeo: los Cielos lo llamaban Elim, del nombre de su ángel custodio, hermano suyo ya por toda la eternidad. Su mirada triste vagó un instante sobre la inmensa legion de los pecadores, y después les dijo con voz melancólica y solemne:

«No quiero detener por más tiempo la vista en la senda »que seguísteis durante vuestra vida de pruebas: esa senda »está empapada en sangre, y cubierta de cadáveres. ¡Ah! »¡Que no hubiérais sido testigos del anatema que cayó sobre »la Tierra, cuando por primera vez bebió la sangre de una »víctima sacrificada por una mano fratricida! Predicho y »anunciado os fué este terrible dia del último juicio: vos»otros os resistísteis á creerlo, y no habeis traido á la eter»nidad más que corazones vanos y secos. No, así no salís»teis de las manos de vuestro Creador; así os habeis hecho »vosotros mismos. No os engañeis sobre las lágrimas que no »puedo contener: no lloro por vosotros, sino por la dignidad »humana que vosotros degradásteis. El átomo que salia del »polvo, y la inmensidad de los Cielos que se redondeaban »por encima de vuestras cabezas, os revelaban un Dios de »misericordia; pero vosotros no levantásteis jamás vuestras »miradas al Cielo, ni jamás tuvísteis conmiseracion del que »padecia. La justicia divina es indulgente; mas para vos»otros ha de ser inexorable.»

«Elim hablaba aun, y ya el Juez supremo habia vuelto su ojos hácia el ángel exterminador... ¡Oh, amigos mios! ¿Cómo podria yo describiros la expresion de esta mirada? ¿Cómo podria daros una idea exacta del acento de su voz, cuando dijo al lúgubre serafin:

«Extiende tus hórridos terrores sobre esa legion maldita, á fin de que presienta los tormentos que la esperan.»

«Y el ángel de la muerte desplegó sobre la maldita legion el sombrío velo de la medianoche, y haciendo ir delante á los réprobos, los empujó al abismo, cuyos abiertos senos los recibieron para siempre.

«Al enviarme esta vision profética, el Salvador dió á mis ojos virtud para ver en el fondo de aquellos abismos. Esta-

ban llenos de huesos amontonados, y el soplo de la tempestad levantaba los esqueletos, cada uno de los cuales se agitaba separadamente, y tomaba una voz; y aquella voz era una maldicion que lanzaban á todo recien venido.

«Penetrado de espanto me arrojé á los piés del Salvador, é imploré su misericordia. El Salvador se sonrió, y me mostró en los aires una legion de almas vestidas con la alba túnica de la inocencia y coronadas de siemprevivas.

«Las almas descendieron lentamente hasta el pié del trono, donde depositaron sus coronas, y con dulcísimas voces entonaron este himno:

«¡Gloria á tí, que te sientas sobre ese trono supremo para »juzgar á los hijos de la Tierra, á quienes despertaste del »sueño de la muerte! Nosotros hemos llevado pesadas cade»nas y sufrido mil torturas; y cuando el Espíritu Santo »descendió sobre nosotros, cuando nos dió fuerzas para »arrostrar el hierro y el fuego, cuando vino la muerte á »traernos sus más bellas coronas, sólo entonces aprendimos »á conocer la vida que acabábamos de dejar. ¿Qué es la »vida? ¡Ay! Un remolino de polvo, que cae con el efímero »soplo que lo ha levantado; un breve coloquio, interrum»pido por la señal de marcha; una rápida mirada á las pro»fundidades de la creacion. Y sin embargo, tú le reservas »eternas recompensas. ¡Santa inspiracion, desplega tus »alas! ¡Armonía celestial, haz oir tus divinos acordes! ¡Que »todos los coros del trono canten á la vez la gloria, el poder »y la misericordia del Señor de los Cielos; Él, que consuela »á todos los que padecen; Él que, por salvar á la especie »humana, derramó toda su sangre!»

«Los mártires desaparecieron en las nubes, y el ángel de la muerte se presentó de nuevo al pié del trono: el metal vibrante resonó á través de los espacios, é hizo salir á los

impíos del fondo de todas las simas en que habian buscado un refugio.

«Obligados á comparecer ante el Redentor, á quien tantas veces habian ofendido con sarcasmos infernales, la afable y benévola sonrisa que en otro tiempo velara su fria perfidia fué sustituida por horribilísimos visajes; y espantados de su fealdad, los ancianos del trono se hundieron en sus asientos de oro. En medio de esta horrible multitud se ocultaba un jóven, que, sin saberlo, brillaba con la belleza de los ángeles. Estéban le hizo una seña para que se acercara, y le presentó la corona de los mártires.

«Él la recibió con humildad; las arpas de los serafines celebraron su gloria, y del grupo de los impíos salió un lúgubre murmullo. El jóven reconoció la voz de su padre y de sus hermanos, y les dijo:

«Vosotros que gemís confundidos con esas almas réprobas, vosotros á quienes tanto amé en la vida, decidme: ¿qué os hice para excitar vuestros ódios? Yo sólo oponia el silencio y la resignacion á vuestros sacrílegos sarcasmos: ¿por qué, pues, queríais arrebatarme mi última esperanza, la única que no engaña nunca, la esperanza en aquel que murió en la cruz? Por fin ha llegado la hora de despertar del sueño de la muerte, creencia de que os mofábais tanto, y habeis salido de vuestros sepulcros, vosotros que queríais perder mi alma: ved, pues, cómo la he salvado á pesar vuestro. Yo no os conozco ya: mis súplicas, mis lágrimas, mi agonía no hallaron piedad en vosotros. ¡Contemplad ahora mi triunfo!... Pero no, no; que aumentaria vuestra desesperacion: desviad vuestras miradas.»

«Y el jóven mártir fué á ocupar su puesto en medio de los ancianos del trono:

«Y un sabio que habia consagrado su vida á piado-

sas meditaciones, compareció ante el Juez supremo y dijo:

«La vida sólo fué para mí una senda tortuosa y sombría; »pero recorriéndola he buscado sinceramente la verdad. »Dichosos eran los escogidos á quienes guiaba una luz »celestial; porque, mirando al Gólgota, podian decir: Aquí »fué donde corrió la sangre de la Redencion. Á mí nada me »fué revelado. Mis ardientes plegarias procuraron levantar »el velo de los Cielos, y sólo entonces pude entrever en toda »su gloria al Hijo Eterno. Volví atrás, y comencé de nuevo »mis santos estudios, y reconocí en fin en cada sér el »reflejo del arquetipo de la creacion. ¿Es así como buscás»teis la verdad vosotros, que pretendíais orgullosamente »que esta hija del Cielo era el objeto de vuestro culto? Con»quistadores soberbios exterminaron generaciones enteras; »sacerdotes cristianos inmolaron cristianos al pié de los alta»res; pero al fin sólo derramaron sangre: vosotros quisís»teis matar almas, almas inmortales. En una copa coronada »de flores hubísteis de presentar el veneno de la ironía á »vuestros hermanos; con él embriagásteis á los tiranos, á »fin de que olvidaran que hay más allá del sepulcro un Juez »que castiga y recompensa, un Juez cuyo poder reconoceis »ahora, porque acaba de revelarse á vuestros ojos.»

«Dijo, siguió al ángel que lo condujo á las regiones elevadas, y casi al mismo tiempo, los primeros escogidos y los ancianos del trono se levantaron, y semejantes á la nube majestuosa que lleva el rayo vengador en su inflamado seno, cernieron su vuelo por encima de los impíos.

«Uno de los primeros escogidos tomó la palabra en nombre de todos, y dijo:

«Estais ya en fin ante el Juez supremo, vosotros que »fuísteis nuestros hermanos durante vuestra vida mortal.

»El sol de los Cielos, los mil y mil alegres hijos de la pri»mavera de la Tierra podrian haberos hablado más alto de »su creador que nosotros os hablamos del Dios muerto para »redimiros borrando vuestras culpas. Vosotros rechazásteis »nuestro testimonio confiando en vosotros mismos: ved, »pues, ahora, vosotros que fuísteis cristianos, cómo hasta los »viles esclavos de los ídolos os desprecian. Vuestra misma »conciencia, que arrastrásteis por el polvo, se levanta ahora »contra vosotros y os acusa.»

«Por encima de la multitud de los escogidos se levantó luego el más grande de los apóstoles, aquel que persiguió al principio á la comunion naciente, y que muy en breve llegó á ser la más firme columna del santuario. ¿Con qué nombre os le designaré? porque es inexplicable el que los Cielos le han dado. Yo bendije otra vez el polvo de que fuí formado cuando le oí pronunciar estas palabras:

«¡Que no pueda yo velar la magnificencia de los Cielos «ante los miserables impíos cuyos ojos nada pudo abrir! «Sabedlo, pues: desde que mi sangre toda corrió en la glo«riosa muerte del martirio, cesé de llorar sobre los enemigos «del Salvador, porque vine á ser uno de sus jueces. Ya »estais ante mí, desdichados impíos. En vano os envuelve »aun con sus sombríos velos vuestra engañosa y falsa cien»cia; en vano el soplo pestilente de la soberbia procura aun »hinchar vuestras almas rencorosas: os conozco, y todo el »género humano aplaudirá vuestra condenacion. ¡Cuántas »veces no os invitamos á seguirnos al templo en que nos»otros entrábamos!... ¡Bello era este templo! sus fundamen»tos se apoyaban en la naturaleza, sus columnas se elevaban »al infinito, sus bóvedas tocaban al pié del trono celestial, y »desde su pináculo, la mirada de los mortales se cernia sobre »la eternidad. Los sacrificios que en él se celebraban pedian